

El prefecto

Alastair Reynolds

Traducción:
Olga Marín Sierra



Libros publicados de Alastair Reynolds

ESPACIO REVELACIÓN

1. Espacio Revelación
2. Ciudad Abismo
3. El arca de la redención
4. El desfiladero de la absolución
5. El prefecto

Título original: *The Prefect*

Primera edición

© 2007, Alastair Reynolds

Ilustración de cubierta: Chris Moore

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-527-1 Depósito Legal: B-27872-2009

Impreso por Liberdúplex S. L. U.

(Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 11

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A mis padres,
por cuarenta años de amor y estímulo.

Thalia Ng sintió que su peso aumentaba cuando el ascensor descendió a toda velocidad por el radio de la rueda desde el muelle de atraque del hábitat. Se dejó arrastrar al suelo e intentó calcular el punto en el que la fuerza aparente alcanzaba un g estándar. Thalia deseó que aquel no fuera uno de esos hábitats que insistía en tener una gravedad puritanamente elevada, como si estuviera de algún modo mejorando moralmente por tambalearse bajo dos ges. El cinturón que llevaba en las caderas, equipado con el látigo cazador y las herramientas de análisis del núcleo de voto, ya le pesaba demasiado.

—Thalia —dijo Dreyfus en voz baja mientras el ascensor se detenía—, intenta no parecer tan nerviosa.

Ella se alisó el dobladillo de la túnica.

—Lo siento, señor.

—Lo harás bien.

—Ojalá hubiera tenido más tiempo, señor. Para leer con detenimiento el informe sobre Casa Perigal, quiero decir.

—Se te informó de nuestro destino en cuanto salimos de Panoplia.

—Pero solo fue hace una hora, señor.

Dreyfus la miró con su ojo derecho casi cerrado.

—¿Cuál es tu índice de velocidad de lectura?

—Tres, señor. Nada excepcional.

Dreyfus tomó un sorbo del café del termo que había traído consigo desde la nave. Thalia lo había conjurado para él: negro como el alquitrán, como le gustaba a su jefe.

—Supongo que era un archivo de sumario bastante largo.

—Más de mil párrafos, señor.

—Bueno, no necesitas saber nada que no te enseñaran durante tu formación.

—Eso espero. De todos modos, no he podido evitar darme cuenta de...

—¿Qué? —preguntó Dreyfus en voz baja.

—Su nombre aparece por todo el archivo de sumario, señor.

—Caitlin Perigal y yo hemos tenido nuestras diferencias. —Esbozó una sonrisa forzada—. Y estoy seguro de que intentará recordármelo por todos los medios.

—No lo dude —respondió Sparver, el otro prefecto de campo ayudante en el grupo de confinamiento.

Dreyfus puso su ancha mano sobre el hombro de Thalia.

—Recuerda que estás aquí para hacer una cosa: conseguir pruebas. Sparver y yo nos encargaremos de cualquier otra distracción.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, sintieron una fuerte bofetada de calor y humedad. El aire estaba invadido por una nube de vapor hasta donde alcanzaba la mirada. Se encontraban frente a la entrada de una enorme cueva excavada en el toroide rocoso de la llanta de la rueda. La mayor parte de la superficie visible consistía en piscinas de agua dispuestas en niveles sutilmente diferentes, conectados por un ingenioso sistema de canales y conductos. Había personas bañándose, nadando o jugando en el agua. La mayoría estaban desnudos. Había humanos de base y personas que distaban mucho de ser humanas. Había figuras elegantes y diligentes que tal vez no fueran en absoluto personas.

Dreyfus se sacó un par de gafas redondeadas del bolsillo de su túnica y frotó la condensación de las oscuras lentes con la manga. Thalia entendió la señal, sacó las suyas y tomó nota de los cambios que vio. Muchas de las personas desnudas estaban ahora enmascaradas o vestidas, o al menos parcialmente ocultas tras unos bloques de color movedizos o tras un plumaje ilusorio. Algunos habían cambiado de forma y de tamaño. Otros incluso se habían vuelto invisibles, aunque la silueta parpadeante que aparecía en las sombras delataba su presencia. Unas estructuras luminosas en forma de ramas (Thalia no sabía si eran esculturas o alguna forma de visualización de datos relacionada con un juego psicológico en curso) gravitaban sobre el complejo de piscinas.

—Aquí viene el comité de bienvenida —dijo Dreyfus.

Algo se dirigió hacia ellos a grandes zancadas por un camino que serpenteaba entre las piscinas. Aparecieron unas torneadas piernas de mujer con medias sosteniendo una bandeja de bebidas. A medida que las piernas se acercaban, oyeron el repiqueteo de unos tacones altos que caminaban con una precisión neurótica. El líquido de las copas no se movió ni un ápice.

Thalia se puso la mano en el cinturón.

—Tranquila —dijo Dreyfus entre dientes.

La sirvienta se detuvo ante ellos.

—Bienvenidos a Casa Perigal, prefectos —dijo con voz chillona—. ¿Les apetece tomar algo?

—Gracias —respondió Thalia—, pero deberíamos...

Dreyfus dejó la taza de café en el suelo y pasó la mano por la bandeja, indeciso.

—¿Qué nos recomienda?

—El tinto es aceptable.

—Tinto, entonces.

Cogió una copa y se la puso lo bastante cerca de los labios como para oler el aroma. Thalia cogió otra. Solo Sparver se abstuvo, pues a su metabolismo no le sentaba bien el alcohol.

—Sígueme, por favor. Los llevaré ante la matriarca.

Siguieron a las piernas a través de la cueva, serpenteando entre las piscinas. Si al principio parecía que su llegada había pasado inadvertida, aquel privilegio había terminado. Thalia sintió un hormigueo en la nuca por la incómoda atención que les estaban prestando.

Subieron a una de las piscinas más elevadas, donde cuatro peces de hierro decorativos vomitaban agua por la boca abierta. Había tres adultos flotando en el agua, cubiertos hasta el pecho de espuma perfumada. Dos eran hombres. Thalia reconoció el rostro de la tercera, Caitlin Perigal, por el archivo del sumario. Sus hombros y sus brazos eran musculosos, y terminaban en unas elegantes manos entrelazadas con las uñas pintadas de color verde fuerte. Llevaba el cabello adornado con una pluma de pavo real. Ninfas y sátiros verdes murmuraban alrededor de su cabeza.

—Prefectos —dijo con la calidez del helio superfluido.

—Matriarca Perigal —respondió Dreyfus, que se había situado a pocos centímetros del borde de la piscina—. Mis compañeros son los prefectos de campo ayudantes Sparver Bancal y Thalia Ng. Nosotros ya nos conocemos, por supuesto.

Perigal miró con languidez a sus dos compañeros.

—El gordo con cara de dormido es Tom Dreyfus —explicó.

Uno de ellos, un hombre de aspecto aristocrático y cabello largo y cano, examinó a Dreyfus a través de sus escrutadores ojos grises. Llevaba un plumaje que le daba un aire de cuadro impresionista.

—¿Vuestros caminos se han cruzado antes, Caitlin?

Perigal se revolvió en el agua con la musculosa cola de sirena que le habían injertado en lugar de las piernas. Thalia se tocó el botón lateral de las gafas para comprobar que la cola era real, no una alucinación.

—Parece que la misión de Dreyfus en la vida es encontrar oscuros canales legales para acosarme —respondió Perigal.

Dreyfus no se inmutó.

—Me limito a hacer mi trabajo. No es culpa mía que te empeñes en formar parte de él.

—¿Que me empeño, dices?

—Eso parece. Por cierto, bonita cola. ¿Qué les ha ocurrido a tus piernas?

Perigal hizo un gesto con la cabeza para llamar a la bandeja andante.

—Las conservo como tema de conversación.

—Contra gustos no hay nada escrito.

—Exacto. —Perigal se inclinó hacia delante y endureció el tono de voz—. Bueno, basta de cumplidos. Realiza tu inspección, haz lo que tengas que hacer, y luego lárgate de mi hábitat.

—No he venido a inspeccionar el hábitat —dijo Dreyfus.

Thalia no pudo evitar ponerse tensa. Aquel era el momento que había estado temiendo y anticipando a la vez.

—¿Entonces, qué? —preguntó Perigal.

Dreyfus se sacó una tarjeta del bolsillo de la túnica, se la puso delante de la cara y entrecerró los ojos. Miró brevemente a Thalia y a Sparver antes de comenzar a leer:

—Caitlin Perigal, como matriarca de este hábitat, se la acusa de una violación del proceso democrático de categoría cinco. Se alega que ha manipulado el aparato electoral para beneficiar a su hábitat.

A Perigal se le enrojecieron las mejillas de indignación. Murmuró algo, pero Dreyfus levantó una mano silenciadora y prosiguió su declaración.

—Mientras la investigación esté en marcha, su hábitat permanecerá cerrado. Todo tráfico físico entre Casa Perigal y el resto del sistema, incluida Ciudad Abismo, queda

suspendido a partir de ahora. No se permitirá recibir ni enviar transmisiones. Cualquier intento de violación de estas sanciones será contrarrestado con fuerza destructiva. Esto es definitivo y vinculante. —Dreyfus hizo una pausa, luego bajó la tarjeta—. El confinamiento entra en vigor a partir de este momento.

Se hizo un incómodo silencio, roto solo por el suave chapaletéo del agua contra un lado de la piscina.

—Es una broma, ¿verdad? —dijo finalmente el hombre de ojos grises mirando a Perigal esperanzado—. Por favor, dime que es una broma.

—Así que esas tenemos —dijo la matriarca—. Siempre supe que jugabas sucio, Dreyfus, pero nunca imaginé que caerías tan bajo.

Dreyfus colocó la tarjeta al lado de la piscina.

—Este es un resumen del caso que se ha abierto contra ti. A mí me parece irrefutable, pero, bueno, solo soy un humilde prefecto de campo. —Se tocó la barbilla con un dedo, como si acabara de recordar algo—. Ahora necesito que me hagas un pequeño favor.

—Estás loco.

—Ten la amabilidad de emitir una interrupción de prioridad a todos tus ciudadanos e invitados. Diles que ha entrado en vigor un confinamiento y que están a punto de perder contacto con el universo exterior. Recuérdales que esta situación podría durar hasta un siglo. Diles que si desean enviar pensamientos o mensajes a sus seres queridos fuera de Casa Perigal, disponen de seiscientos segundos para hacerlo.

Se volvió hacia Thalia y Sparver y bajó la voz, pero no lo bastante como para que Perigal no pudiese oírlo.

—Ya saben lo que tienen que hacer, ayudantes. Si alguien les pone trabas o se niega a cooperar, están autorizados a practicar la eutanasia.

El tránsito de la llanta se movía con rapidez y contrarrestaba la gravedad centrífuga de la rueda, que giraba con lentitud. Thalia se sentó junto a Sparver, y se puso a cavilar.

—No es justo —dijo.

—¿El qué?

—Toda esa gente atrapada aquí por accidente, las personas que solo habían venido de visita.

—A veces, la única solución viable no es justa.

—Pero quedar aislados del Anillo Brillante, de Yellowstone, de los amigos y la familia, de la abstracción, de sus programas médicos... Algunos podrían incluso morir antes de que acabe el confinamiento.

—Entonces se lo deberían haber pensado antes. Si no te gusta la idea de quedar atrapado en un confinamiento, entérate de lo que pasa en tu hábitat.

—Es un punto de vista muy cruel.

—Han estado jodiendo la democracia. No voy a perder ni un minuto de sueño cuando la democracia los joda a ellos.

Thalia sintió que recuperaba su peso cuando se acercaron a su destino y el tránsito se ralentizó. Los dos prefectos desembarcaron en otra cueva, más pequeña y luminosa que la primera. El suelo era una extensión de baldosas blancas y negras entrelazadas, pulidas con un brillo lujoso. Una estructura cilíndrica ancha como el tronco de un

árbol emergía de un agujero situado en el centro del suelo. El extremo, rematado en punta, llegaba casi hasta el techo. La superficie negra del cilindro parpadeaba con representaciones esquemáticas de flujos de datos: líneas rojas y azules que cambiaban con rapidez. Una escalera en espiral sin barandilla se enroscaba alrededor del pilar y ofrecía acceso a los puertos de la interfaz, en forma de rama.

Un hombre con uniforme beis (*alguna clase de técnico o funcionario*, pensó Thalia) situado de pie junto a la base del tronco los miraba con recelo.

—No se acerquen más —exclamó.

—¿Perigal no ha dejado claro que veníamos y que no se nos podía impedir la entrada? —le preguntó Sparver.

—Es una trampa. Son agentes de Casa Cantarini.

Sparver lo miró con escepticismo.

—¿Tengo aspecto de ser un agente de Casa Cantarini?

—Cualquiera puede parecer un agente.

—Soy un cerdo. ¿De verdad cree que enviarían a un feo espécimen como yo si tuvieran otra alternativa?

—No puedo arriesgarme. Si tocan este núcleo, perderé mi empleo, mi rango, todo.

—Apártese, señor —dijo Thalia.

—Lo siento. No puedo dejar que se acerquen. —El hombre abrió la palma de la mano y les mostró un dispositivo de color plata mate provisto de un botón disparador rojo—. Hay armas apuntándolos. Por favor, no me obliguen a usarlas.

—Si nos mata, Panoplia enviará más prefectos —respondió Sparver.

A Thalia le escocía la piel. Podía sentir la mirada atenta de aquellas armas ocultas, listas para borrarla del hábitat con un ligero movimiento del pulgar.

—No los mataré si dan media vuelta y se marchan.

—Nos iremos cuando tengamos las pruebas que hemos venido a buscar.

Sparver se puso la mano en el cinturón. Desabrochó el mango de su látigo cazador y con un golpecito desplegó el filamento. Este chasqueó al estirarse en toda su extensión, y dio un latigazo en el suelo.

—Le ha dicho la verdad —explicó Thalia intentando ocultar el temblor de su voz—. Somos de Panoplia.

—Por favor. —El hombre acariciaba el botón rojo con el pulgar—. Haré lo que tenga que hacer para proteger el núcleo.

Sparver soltó el látigo cazador. El mango permaneció a la altura de su cintura, sostenido por el extremo enroscado de su filamento endurecido. Se balanceaba de lado a lado con el movimiento ondulante de una serpiente. Luego se enroscó y apuntó hacia el hombre.

Un punto rojo y brillante apareció en la nuez de su garganta.

—Necesito que me responda una cosa —dijo Sparver—. ¿Le tiene mucho aprecio a sus dedos?

El hombre tomó aire y aguantó la respiración.

—Ahora el látigo cazador tiene una huella suya —dijo Sparver—. Si detecta movimientos hostiles, y es muy, muy bueno detectando movimientos hostiles, tardará en llegar hasta usted menos que un impulso nervioso en bajar por el brazo. Cuando lo alcance, hará algo bastante repugnante con el lado afilado de este filamento.

El hombre abrió la boca para decir algo, pero lo único que salió fue un graznido seco. Extendió las manos, y abrió los dedos todo lo que pudo.

—Muy sensato —dijo Sparver—. Ahora, mantenga esa postura, pero aléjese del núcleo.

Hizo un gesto con la cabeza a Thalia para que comenzara a buscar las pruebas. El látigo cazador permaneció junto a él mientras el lado no afilado seguía el movimiento del hombre, que se alejó de la columna central.

Thalia se dirigió al núcleo. Era un diseño estándar, instalado en los últimos veinte años, así que sabía exactamente por dónde empezar.

—Soy la prefecto de campo ayudante Thalia Ng —dijo en voz alta—. Confirme reconocimiento.

—Bienvenida, prefecto ayudante Ng —respondió con la voz neutra y asexuada propia de todos los núcleos—. ¿En qué puedo ayudarla?

Thalia recordó el código de un solo uso que le habían dado después de salir de Panoplia en el cúter.

—Confirme invalidación del acceso de seguridad Narciso Ocho Palisander.

—Invalidación confirmada. Dispone de seiscientos segundos de acceso, prefecto de campo ayudante Ng.

—Desactive el acceso bidireccional a la abstracción exterior.

—Acceso desactivado.

Las líneas rojas desaparecieron. Ahora el pilar solo mostraba tráfico azul. No había señales que llegaran al hábitat o salieran de él. El tráfico azul se intensificó casi de inmediato, cuando los ciudadanos empezaron a angustiarse y a enviar consultas de emergencia al núcleo.

Thalia miró al hombre inmovilizado por el látigo cazador de Sparver. Por primera vez en su vida, sus implantes dejarían de estar en constante comunicación con la matriz informativa más allá de Casa Perigal. Debió de sentirse como si lo fueran a guillotinar.

Thalia volvió a centrar su atención en el núcleo.

—Prepáreme tres copias del sumario físico con toda la información del tráfico que ha entrado y salido de este hábitat en los últimos mil días.

—Preparando las copias. Por favor, espere un momento.

Thalia alzó la mano y se tocó el micrófono que llevaba en la garganta.

—Thalia, señor. Ahora estamos esperando las pruebas. Estaremos con usted dentro de diez minutos.

No hubo respuesta. Esperó unos momentos para dar tiempo a que Dreyfus activara su propio micrófono, pero este no respondió. Thalia miró a Sparver.

—No responde.

—Puede que el jefe esté ocupado —dijo Sparver.

—Ya tendría que haber respondido. Estoy preocupada. Quizá deberíamos volver y...

—Necesitamos esas copias, Thalia. Dentro de cinco minutos dejarás de tener acceso al núcleo.

Sparver tenía razón. El código de un solo uso, válido para diez minutos de actividad ilimitada, no le permitiría acceder al núcleo por segunda vez.

—Date prisa —dijo con los dientes apretados.

Intentó volver a ponerse en contacto con Dreyfus, pero seguía sin haber respuesta. Tras lo que le pareció una eternidad, el núcleo expulsó las copias del sumario por una

ranura situada cerca de su base. Thalia sujetó los anchos disquetes con un clip y luego se los abrochó al cinturón. Por absurdo que pareciera, habría jurado que podía sentir el peso de la información dentro de ellos. Habrían sido necesarios varios días para transferir esa cantidad de información por puerto infrarrojo.

—¿Has acabado? —preguntó Sparver.

—Esto es todo lo que necesitamos. Podemos dejar la abstracción local activada.

—¿Y si intentan esquivar el bloqueo que acabas de instalar?

—Tendrán un núcleo muerto en sus manos. Tendrán suerte si el soporte vital sigue funcionando después de esto, y mucho menos la abstracción. —Thalia regresó al núcleo y lo autorizó a rescindir el privilegio de acceso que acababa de concederle—. Pues ya está —dijo, y sintió una inesperada sensación de anticlímax.

—¿Lo ves? ¿A que no ha sido tan difícil?

—Estoy preocupada por el jefe.

—La roca de la que está hecha esta cosa debe de estar bloqueando nuestras señales.

—Sparver volvió a sonreír al técnico—. Ya hemos terminado. ¿Puedo confiar en que no hará ninguna tontería si guardo el látigo cazador?

El hombre tragó saliva con gran esfuerzo y movió nerviosamente la cabeza, como si tuviera un tic.

—Lo tomaré como un «sí» —dijo Sparver. Extendió la mano y atrajo el látigo cazador hacia sí. El arma saltó hacia la mano de Sparver dando un coleteazo y se metió de nuevo en la funda con un chasquido.

Sparver dio una palmadita al mango y volvió a atárselo al cinturón.

—Vamos a ver qué hace el jefe.

Pero cuando regresaron con Dreyfus, lo encontraron solo e inmóvil, en medio de una carnicería casi indescriptible. Sostenía las gafas en una mano y el látigo cazador en la otra.

Thalia se quitó rápidamente las gafas para ver las cosas tal como eran. Había personas gritando, arrastrándose y chapoteando para alejarse del prefecto y de sus objetos de atención. Los dos invitados de Caitlin Perigal se habían desplomado dentro de la piscina, ahora teñida de sangre. El hombre de cabello gris había perdido el antebrazo, que yacía en la zona marmórea alrededor de la piscina con la mano apuntando acusadoramente a Dreyfus. Detrás de la muñeca, la carne le sobresalía como si un arma injertada en los huesos hubiera estado intentando salir a la superficie. El otro hombre estaba temblando como si le fuera a dar un ataque epiléptico, y sangraba por los dos orificios nasales. Tenía los ojos abiertos como platos, fijos en el techo. Tres o cuatro invitados que se encontraban cerca presentaban heridas de diversa gravedad. Con toda la sangre que había en el agua (que chorreaba de piscina en piscina a través de las cataratas y los conductos) resultaba difícil saber cuántas personas habían resultado heridas. Los sirvientes médicos ya habían llegado y estaban atendiendo a los heridos más graves, pero incluso las máquinas parecían confusas.

Perigal seguía viva, aunque respiraba con dificultad. Tenía un corte profundo en la mejilla derecha, desde la comisura de los labios hasta la oreja, y los ojos abiertos y blancos de rabia y de miedo.

—Te has equivocado —dijo respirando con dificultad—. Te has equivocado y lo pagarás caro.

Dreyfus se giró lentamente cuando vio llegar a Thalia y a Sparver.

—¿Tenéis las copias?

Thalia tenía la boca seca.

—Sí. —Se obligó a responder intentando mantener la compostura.

—Entonces, vámonos. Aquí ya hemos acabado.

2

Dreyfus había recorrido la mitad de la distancia que le faltaba para llegar hasta el centro del despacho de la prefecto supremo cuando el cordón de distancia de seguridad lo detuvo con una sacudida. Durante un momento, Jane Aumonier pareció ajena a su presencia, absorta en una de las pantallas de la pared. Dreyfus tosió con discreción antes de hablar.

—Si quieres mi dimisión, es tuya.

Sin mover el resto del cuerpo, Aumonier giró la cabeza y lo miró.

—¿Por qué motivo, Tom?

—El que tú digas. Si crees que he cometido un error de procedimiento, o que soy culpable de haber realizado un juicio incorrecto, solo tienes que decirlo.

—Tu error ha sido mostrarte demasiado prudente a la hora de defenderte a ti y a tus ayudantes. ¿Cuál es el número final de víctimas?

—Seis —respondió Dreyfus.

—Podría haber sido peor. Ya sabíamos que Perigal iba a ser un hueso duro de roer. Un número de víctimas de una sola cifra me parece totalmente aceptable, teniendo en cuenta lo que podría haber sucedido.

—Esperaba que las cosas no se hubieran desmadrado tanto.

—Eso fue decisión de Perigal, no tuya.

—Creo que aún no hemos acabado con ella. Lo que me dijo... —Dreyfus hizo una pausa, seguro de que Aumonier ya tenía bastantes preocupaciones como para agobiarla con sus dudas—. Siento como si hubiera saldado una deuda. No está bien que un prefecto se sienta así.

—Es humano.

—En el pasado se salió con la suya porque no fuimos lo bastante listos o lo bastante rápidos para auditarla antes de que las pruebas quedasen obsoletas. Pero aunque hubiéramos podido acusarla de algo, sus crímenes no habrían merecido un siglo entero de confinamiento.

—Y esta vez tampoco sabemos si cumplirá condena.

—¿Crees que volverá a esquivarnos?

—Dependerá de las pruebas. Es hora de utilizar a esa inteligente experta que acabas de incorporar a tu equipo.

—Confío plenamente en Thalia.

—Entonces no tienes nada que temer. Si Perigal es culpable, el confinamiento continuará. Si las pruebas no demuestran nada, permitiremos que Casa Perigal se reincorpore al Anillo Brillante.

—Con seis personas menos.

—Los ciudadanos se sienten aterrados cuando pierden abstracción. No es problema nuestro.

Dreyfus intentó leer la expresión de Aumonier, y se preguntó qué estaba pasando por alto. No era propio de ella preguntarle cuántas personas habían muerto durante una operación: normalmente, habría memorizado la cifra antes de que él hubiera regresado a Panoplia. Pero era imposible leer en la impávida máscara de Aumonier. Podía recordar su aspecto cuando sonreía, cuando reía, cuando estaba enfadada, cómo era antes de su confrontación con el Relojero, pero esta vez no consiguió entenderla.

—Perdona —dijo—, pero si esto no es una reprimenda... ¿para qué me quieres exactamente?

—¿Para conversar? ¿Para bromear? ¿Para sentir el calor de la compañía humana?

—Lo dudo.

—Ha sucedido algo. La noticia llegó mientras tú estabas fuera. Es tan delicado como el asunto Perigal, o más. También es urgente. Necesitamos acción inmediata.

Dreyfus no estaba al corriente de lo que había ocurrido.

—¿Otro confinamiento?

—No. Por desgracia, no tendría demasiado sentido.

—¿Cómo dices?

Aumonier alargó la mano hacia la pared y amplió una de las pantallas. Apareció la imagen de un hábitat esférico, una bola gris empañada de detalles microscópicos, rodeada de paneles solares, con un conjunto de enormes espejos situados en los polos y alrededor del ecuador. Resultaba difícil juzgar la escala, aunque Dreyfus estaba seguro de que tenía como mínimo un kilómetro de ancho.

—No lo reconocerás. Es una imagen reciente de la Burbuja Ruskin-Sartorius, un hábitat acorazado de magnitud cinco situado en la parte alta de las órbitas exteriores. Nunca ha sido inspeccionado por Panoplia.

—¿Qué han hecho ahora?

—Esta es una imagen más reciente, tomada hace tres horas.

La Burbuja Ruskin-Sartorius había sido cortada por el centro, como si a alguien le hubieran rajado el globo ocular con una cuchilla. El corte prácticamente había seccionado el hábitat en dos hemisferios. A cada lado del corte, la estructura del hábitat estaba completamente calcinada y presentaba un color negro azabache. Las estructuras interiores aún estaban al rojo vivo.

—¿Heridos? —preguntó Dreyfus controlando su horror.

—El último censo indicaba una población de novecientos sesenta. Creemos que han muerto todos, pero necesitamos enviar un equipo que realice una inspección física inmediata. No descartamos que haya supervivientes. Como mínimo, puede haber recuperables de nivel beta.

—¿Por qué no se ha enterado nadie en el Anillo Brillante?

—Estamos manteniéndolo en secreto. No parece que haya sido un accidente.

—Alguien habrá notado que Ruskin-Sartorius abandonó las redes.

—Solo participaban en la abstracción a un nivel superficial, así que, de momento, podemos seguir simulando la existencia de un hábitat completamente funcional usando nuestros privilegios de la red.

—Y de momento... ¿cuánto tiempo será?

—Supongo que menos de veintiséis horas. Trece sería más acertado.

—¿Y cuando la historia salga a la luz?

—Tendremos una grave crisis en nuestras manos. Creo que sé quién lo hizo, pero tengo que estar completamente segura antes de dar un paso. Por eso quiero que vayas a Ruskin-Sartorius de inmediato. Llévate a quien necesites. Busca pruebas y recuperables y regresa a Panoplia. Luego contendremos la respiración.

Dreyfus volvió a mirar la imagen del hábitat destruido.

—Solo hay una cosa que pueda haberlo hecho, ¿verdad? Y ni siquiera es un arma.

—Veo que estamos de acuerdo —dijo Aumonier.

Las paredes de la sala estratégica eran de teca fina y estaban rematadas con un barniz de brillo impresionante. No había ventanas ni cuadros, ningún toque humanizador. El oscuro y pesado mobiliario era todo materia inerte: cultivado, cortado y construido por la naturaleza y la carpintería. Las puertas dobles tenían el marco de bronce, y estaban tachonadas con unos enormes clavos de metal. Cada puerta llevaba incrustada una versión estilizada del guante alzado, símbolo de Panoplia. En teoría, el guante significaba protección, pero fácilmente podía interpretarse como un puño amenazador, apretado para aplastar a los enemigos o a quienes le fallaran.

—Comience, por favor, Ng —dijo el hombre sentado frente a Thalia, el prefecto sénior Michael Crissel.

Estaba tan nerviosa que casi dejó caer los disquetes que había puesto en la punta de la mesa.

—Gracias, prefecto sénior. Estas son las tres copias del sumario físico extraídas del núcleo de voto de Perigal. —Señaló con la cabeza la forma de mecanismo de relojería del hábitat Perigal, representado como una diminuta imagen que había sido ampliada y elevada sobre su plano orbital real en el Planetario de la sala estratégica—. Ya hemos copiado en nuestros archivos toda la información de los mil días. He comprobado que los tres sumarios coincidan, y que no haya señales de manipulación.

—¿Y qué ha averiguado?

—Solo he tenido unas horas para estudiarlos, así que solo he podido leerlos por encima...

El prefecto sénior Gastón Clearmountain expresó su impaciencia con un gruñido.

—Al grano, Ng. Díganos qué tiene.

—Señor —comenzó Thalia casi tartamudeando—, el análisis preliminar confirma todo lo que dice el informe de confinamiento. Casa Perigal es en efecto culpable de manipular el proceso democrático. En al menos ocho ocasiones lograron influir en algunas votaciones marginales, bien para su beneficio o para el de sus aliados. Puede que haya más casos. Tendremos una imagen más clara cuando hayamos auditado todas las copias.

—Esperaba tener una imagen más clara ahora —dijo Clearmountain.

El cuero de la enorme silla negra en la que estaba sentado el prefecto sénior Sheridan Gaffney crujió cuando se inclinó hacia delante.

—Tranquilo, Gastón —gruñó—. Ha estado sometida a mucha presión para reunir toda la información en tan poco tiempo.

Gaffney era conocido por su poca paciencia y su acentuada intolerancia con los necios. Pero tanto como jefe de Seguridad Interna como de entrenamiento con el látigo cazador, el brusco Gaffney siempre había tratado a Thalia con una equidad impecable, e incluso la había apoyado. Ahora ella lo percibía como su único aliado en la sala. Habría sido diferente si Dreyfus o Jane Aumonier hubieran estado presentes, pero Dreyfus estaba ausente (pese a que su autorización Pangolín le habría permitido asistir a la reunión aunque no fuera un sénior), y la posición desde la que la prefecto supremo normalmente hablaba, (transmitida en forma de proyección), estaba visiblemente vacía. De camino a la sala, Thalia había oído rumores de que se estaba fraguando otra crisis, algo que no guardaba relación con el confinamiento que acababan de realizar.

Los otros séniores no estaban ni a favor ni en contra de ella. Michael Crissel era un hombre de aspecto amable con rasgos de intelectual y un aire de timidez. En el pasado había sido un excelente prefecto, pero había estado los últimos veinte años dentro de Panoplia y estaba desconectado de la dura realidad del trabajo sobre el terreno. La carrera de Lillian Baudry concluyó cuando estalló en pedazos a causa de un látigo cazador en mal estado. Aunque la recompusieron, su sistema nervioso nunca volvió a ser el mismo. Habría podido recurrir a los expertos médicos disponibles fuera del Anillo Brillante, pero las implicaciones para la seguridad derivadas de recibir tratamiento externo la habrían obligado a abandonar Panoplia para siempre. Así que sacrificó su bienestar en favor del deber y ello significaba sentarse en las reuniones como si fuera una rígida muñeca de porcelana.

El hecho de que solo cuatro séniores estuviesen presentes indicaba la importancia que concedían al informe de Thalia. Por lo general, al menos seis o siete de los diez séniores permanentes habrían asistido a la reunión, pero hoy había más asientos vacíos de lo normal alrededor de la mesa. Es cierto que querían zanjar aquel asunto lo antes posible, pero eso no significaba que lo viesan como algo más que una interrupción momentánea en la agenda de trabajo de Panoplia.

—Vayamos al grano —dijo Clearmountain—. Tenemos las copias. Confirman nuestras sospechas iniciales, es decir, que Perigal ha cometido una infracción. Podemos mantener el confinamiento. Ahora, lo único que tenemos que hacer es tapar el agujero antes de que alguien más se aproveche de la misma forma.

—Estoy de acuerdo, señor —dijo Thalia.

—¿Cuál es el daño exacto que han causado las infracciones en el proceso de voto?

—No mucho —respondió Thalia—. Se trataba de votaciones sobre cuestiones relativamente menores. Caitlin Perigal quiso inclinar la balanza en votaciones más importantes, pero si lo hubiera intentado habría tenido más posibilidades de que la descubrieran. Sinceramente, con la cantidad de vigilancia que ponemos durante las votaciones importantes, no me imagino a nadie alterando los votos en un grado estadísticamente significativo.

—Su trabajo es imaginarlo —dijo Michael Crissel.

—Ya lo sabe —replicó Gaffney en un susurro.

Thalia respondió a Crissel.

—Lo siento, señor. Quiero decir que, dado todo lo que sabemos, es improbable. De todos modos, el sistema no puede ser siempre inviolable: el teorema de la incompletitud de Gödel...

—No necesito que me aleccionen sobre Gödel, Ng —replicó Crissel de modo cortante.

—Lo que quiero decir, señor, es que la validez del sistema se demuestra con el uso. En realidad, Casa Perigal nos ha hecho un favor. Ahora sabemos que existe un fallo lógico que no habíamos detectado y que permite efectuar una diminuta alteración en las votaciones. Lo solucionaremos y seguiremos adelante. En algún momento, alguien más volverá a usar su creatividad para encontrar otro fallo, que también solucionaremos. Así es el proceso.

—Entonces, ¿confía en que podamos tatar el agujero? —preguntó Baudry.

—Por supuesto, señor. Es nimio.

—Si es nimio, ¿cómo es que no lo hemos visto hasta ahora?

—Porque nosotros lo introdujimos —dijo Thalia intentando no sonar demasiado pretenciosa—. Nos creímos muy listos por haber tapado un agujero y, sin darnos cuenta, abrimos otro. El fallo estaba en nuestra rutina de manejo de errores. Fue diseñada para impedir que se perdieran los votos válidos, pero accidentalmente permitió que se registraran votos adicionales de modo fraudulento.

—Seguro que no es la primera vez que ocurre en la historia —dijo Crissel en tono seco.

Thalia entrelazó las manos y las puso encima de la mesa. Estaba intentando encontrar el punto medio entre una actitud defensiva y la objetividad profesional.

—Es lamentable. Pero, hasta la fecha, solo se han aprovechado del fallo unos pocos hábitats.

—¿Lamentable? —dijo Clearmountain—. Yo lo llamo reproable.

—Señor, la actual rutina de manejo de errores ya alcanza los veintidós millones de líneas de código, entre las que se encuentran algunas subrutinas escritas hace más de doscientos veinte años, en el Primer Sistema. Aquellos programadores ni siquiera hablaban canasiano moderno. Leer su documentación es casi como... bueno, descifrar sánscrito o algo así.

—Ng tiene razón —dijo Gaffney—. Hicieron todo lo que pudieron. Y el agujero secundario era lo bastante sutil como para que solo cinco hábitats de los diez mil intentaran aprovecharse de él. Creo que debemos aprender la lección y seguir adelante.

—Siempre y cuando se arregle de forma fiable, por supuesto —dijo Baudry. Hizo un gesto rígido con la cabeza a Thalia—. ¿Ha dicho que sería sencillo?

—Esta vez, sí. La corrección no es en absoluto tan complicada como la alteración que introdujo el fallo en un principio. Solo hay que cambiar algunos miles de líneas. En cualquier caso, me gustaría ejecutar las primeras instalaciones de forma manual para resolver cualquier imprevisto que pueda surgir debido a las diferentes arquitecturas de los núcleos. En cuanto me dé por satisfecha, podemos activar los diez mil.

Gaffney miró a Thalia con dureza.

—Está claro que necesitamos solucionar este lío lo más rápidamente posible. En cuanto el confinamiento de Casa Perigal sea vinculante (y estoy seguro de que lo será) quiero que estemos listos para empezar a realizar la actualización. ¿La junta probatoria especial tiene acceso a las copias sumariales?

—Desde esta mañana, señor.

Gaffney sacó un pañuelo y se limpió suavemente el sudor que le brillaba en la frente.

—A juzgar por las actuaciones pasadas de la junta, podemos esperar su decisión en los próximos diez días. ¿Le dará tiempo a acabar?

—Si lo desea, señor, podríamos activar dos. Estoy segura de que las pruebas no mostrarán ninguna anomalía.

—La última vez también estábamos seguros —le recordó Gaffney—. No cometamos dos veces el mismo error.

Pero hay una diferencia entre entonces y ahora, pensó Thalia para sí. Ella no formaba parte del equipo cuando se llevó a cabo la última actualización. No podía hablar en nombre de sus predecesores, pero ella nunca habría permitido que se escapara ese error.

—No lo cometeremos —aseguró.

Dreyfus examinó la escena del crimen desde la posición ventajosa que le proporcionaba el cúter de Panoplia. Había sido una muerte rápida, pensó, pero quizá no lo bastante como para ser indolora o compasiva. El hábitat era un cadáver y estaba desprovisto de presión. Cuando lo que provocó aquella herida tocó la atmósfera en el interior de la coraza, la transformó en una abrasadora bola de aire y vapor increíblemente calientes. Seguro que nadie había tenido tiempo de llegar a las lanzaderas, a las cápsulas de escape ni a las cámaras de seguridad acorazadas. Pero sí habrían tenido tiempo de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. La mayoría de la gente del Anillo Brillante no esperaba morir y mucho menos con dolor y miedo.

—Esto tiene mala pinta —dijo Sparver—. ¿Aún quiere entrar antes de que lleguen los forenses?

—Tal vez podamos conseguir algo de los núcleos de información protegidos —respondió Dreyfus con triste resignación. Ni siquiera confiaba en encontrar nada en los núcleos.

—¿Qué clase de arma ha hecho esto?

—No creo que fuera un arma.

—Pues a mí no me parece que haya sido un impacto. Hay quemaduras, lo que sugiere alguna fuente de energía dirigida. ¿Podrían los combinados haber planeado algo tan repugnante? Todo el mundo dice que tienen unas cuantas armas grandes escondidas en alguna parte.

Dreyfus negó con la cabeza.

—Si los arañas quisieran comenzar una pelea con un hábitat aislado, habrían hecho un trabajo más limpio.

—De todas formas...

—Jane tiene una idea clara de quién lo ha hecho, pero le preocupan las implicaciones.

Dreyfus y Sparver atravesaron la pared de trajes del cúter hasta el espacio vacío, y luego una cadena de esclusas de aire anticuadas pero operativas. Las esclusas conectaban con una serie de sucesivas cámaras de recepción más grandes, que ahora estaban oscuras, despresurizadas y llenas de nubes de escombros que revoloteaban lentamente, de los cuales Dreyfus apenas pudo identificar nada. El mapa interno que llevaba en su parche facial estaba basado en los datos que Ruskin-Sartorius había proporcionado de forma voluntaria durante el último censo. El núcleo de voto, donde seguramente encontrarían algún nivel beta, se encontraba al parecer en la superficie interior de la esfera, cerca del ecuador. Solo les cabía esperar que el rayo no lo hubiera dañado.

Los espacios interiores principales (la Burbuja, de dos kilómetros de ancho, había sido dividida en zonas delimitadas) eran negras cuevas carbonizadas, plagadas de ruinas deformadas por el calor o aplastadas por la presión. Cerca del corte, aún brillaban tracerías de metal estructural por el punto en el que el rayo asesino las había atravesado. Parecía que la Burbuja había sido una cultura de caída libre, y que solo había tenido una provisión limitada de gravedad artificial. Había muchos lugares así en el Anillo Brillante y sus ciudadanos crecían elegantes y esbeltos y no solían viajar mucho.

Sparver y Dreyfus flotaron a través del corazón de la esfera usando los reactores de sus trajes para esquivar los trozos más grandes de escombros en caída libre. Los trajes ya habían comenzado a avisarlos de la existencia de niveles de radiación elevados, lo cual no ayudó en nada a calmar las sospechas de Dreyfus de que Aumonier estaba en lo cierto sobre quién había hecho aquello. Pero necesitaban algo más que las lecturas de sus trajes para presentar un argumento sólido.

—He encontrado algo —dijo de repente Sparver cuando se habían distanciado unas decenas de metros.

—¿Qué?

—Allí hay algo grande flotando. Podría ser un trozo de nave o algo así.

Dreyfus se mostró escéptico.

—¿Dentro del hábitat?

—Véalo usted mismo, jefe.

Dreyfus acercó su traje al de Sparver e iluminó el objeto flotante. Sparver tenía razón en que, a primera vista, la cosa parecía un trozo de nave u otro fragmento inclasificable de maquinaria pesada. Pero cuando se acercaron a inspeccionarlo, quedó claro que se trataba de algo bien distinto. El objeto ennegrecido era una obra de arte, por lo visto a medio acabar.

Alguien había comenzado a esculpir un pedazo de roca rica en metal, un pedrusco redondeado de unos diez o doce metros de ancho. Tenía un lustre azul oscuro, que cambiaba a verde oliva cuando la luz le daba de cierta forma. Una cara del pedrusco aún estaba sin pulir, pero la otra había sido tallada y revelaba una forma escultural intrincada. Algunas partes de la zona esculpida aún estaban poco desarrolladas, pero otras daban la impresión de estar perfectamente acabadas, pues las habían limado con una precisión milimétrica. La forma en que la roca se había solidificado alrededor de las áreas trabajadas sugería que el artista había estado esculpiendo con antorchas de fusión en vez de usar martillos o buriles. Las formas líquidas de la roca fundida se habían convertido en una parte integral de la pieza, incorporadas a la composición de una forma que no podía ser accidental.

Aquello no significaba que Dreyfus supiese lo que representaba. El rostro de un hombre emergía de la roca, pero estaba orientado boca abajo desde la perspectiva de Dreyfus. Dio la vuelta al traje y, por un momento, tuvo la fugaz impresión de que había reconocido aquella cara, que pertenecía a una celebridad o a una figura histórica y no a alguien que conociera personalmente. Pero el momento pasó y el rostro perdió todo viso de familiaridad. Tal vez fuera mejor así. Era difícil leer la expresión del hombre, pero o bien estaba extasiado o consumido por el miedo.

—¿Qué opina? —preguntó Sparver.

—No lo sé —respondió Dreyfus—. Quizá los niveles beta nos digan algo, si logramos recuperar alguno.

Acercó el traje y disparó una marca adhesiva a la roca flotante para que los forenses la inspeccionaran.

Siguieron avanzando por la herida de entrada hasta que sobrevolaron el borde del corte. Ante ellos, el revestimiento hermético se había puesto negro y se estaba desconchando, dejando al descubierto la roca remodelada y fundida que había formado la piel de la Burbuja. El rayo había quemado, derretido y resolidificado la roca en formaciones orgánicas inquietantemente similares a las de la escultura, que brillaban con un color negro vidrioso bajo las luces de sus cascos. Las estrellas se veían a través de la apertura de diez metros de ancho. En algún lugar allí fuera, pensó Dreyfus, estaba todo lo que quedaba del bioma interior del hábitat, flotando en el espacio vacío.

Dirigió su traje hacia la grieta. Bajó flotando hasta la mitad de la profundidad de la piel perforada, luego se posó cerca de un objeto incrustado en la roca resolidificada. Era un trozo de metal, probablemente un trozo de revestimiento que había saltado y luego había quedado atrapado cuando la roca se solidificó. Dreyfus se desabrochó un cúter del cinturón y cortó una sección del trozo de metal del tamaño de un palmo. Cerca vio otro destello, y luego un tercero. Al cabo de un minuto había reunido tres muestras diferentes, que guardó en la bolsita abdominal del traje.

—¿Tiene algo? —preguntó Sparver.

—Seguramente. Si lo hizo un rayo de propulsión, este metal habrá atrapado muchas partículas subatómicas. Habrá espalación, isótopos pesados y productos de fragmentación. Los forenses pueden decirnos si corresponden a un motor combinado.

Ahora que lo había dicho, podían hablar de ello abiertamente.

—Vale, pero digan lo que digan los forenses, ¿por qué harían los ultras algo así? —preguntó Sparver—. Seguro que no esperaban salir impunes.

—Tal vez eso es exactamente lo que querían: cortar y largarse. Puede que no vuelvan a este sistema durante décadas, incluso siglos. ¿Crees que a alguien le importará lo que pasó con Ruskin-Sartorius para entonces?

Tras un momento pensativo, Sparver dijo:

—A usted sí.

—Yo no estaré aquí. Ni tú tampoco.

—Hoy rezuma optimismo por los cuatro costados.

—Han muerto novecientas sesenta personas, Sparver. No es exactamente la clase de cosas que me hace dar saltos de alegría.

Dreyfus miró a su alrededor, pero no vio ninguna otra muestra forense de fácil acceso. El equipo de análisis llegaría pronto, pero el trabajo realmente pesado tendría que esperar hasta que la historia se hiciese pública y Panoplia no se viese obligada a trabajar a escondidas.

Aunque, para entonces, se habría armado la gorda de todos modos.

—Vayamos al núcleo de voto —dijo sacando su traje del corte—. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor. Ya puedo sentir a los fantasmas impacientándose.

Ya fuera por accidente o porque los habían diseñado así (Dreyfus nunca había sentido la suficiente curiosidad como para averiguarlo) los cuatro muelles principales de la cara posterior de Panoplia se habían confabulado para sugerir el semblante sonriente y macabro de una calabaza de Halloween. Nadie había intentado suavizar ni perfilar la capa exterior de la roca, ni darle alguna clase de forma simétrica. Había miles de asteroides similares girando alrededor de Yellowstone: piedras sin pulir enviadas a órbitas de estacionamiento donde esperaban ser demolidas y transformadas en nuevos hábitats resplandecientes. Pero esta era la única que albergaba prefectos: apenas un millar en total, desde la mismísima prefecto supremo hasta el más novato recién salido de las filas cadetes.

El cúter atracó en la nariz, donde lo aparcaron junto a un tropel de vehículos policiales ligeros similares. Dreyfus y Sparver entregaron los paquetes de pruebas a un miembro de los forenses que los estaba esperando y firmaron el papeleo. Unas cintas transportadoras los empujaron al interior del asteroide, hasta que llegaron a una de las secciones rotatorias.

—Nos vemos dentro de trece horas —dijo Dreyfus a Sparver en el cruce entre la sección de entrenamiento y el dormitorio de los cadetes—. Descansa un poco. Vamos a tener un día agitado.

—¿Y usted?

—Aún tengo que atar unos cabos sueltos.

—De acuerdo —dijo Sparver moviendo la cabeza—. Es su metabolismo. Haga lo que quiera con él.

Dreyfus estaba cansado, pero no podía dejar de pensar en Caitlin Perigal y en el hábitat asesinado. Sabía que sería inútil intentar dormir. En lugar de eso, regresó a su cuarto para cruzar la pared de aseo y conjurar un cambio de ropa. Cuando salió para volver a atravesar la roca, las luces ya se habían atenuado para el turno de noche en el ciclo operativo de veintiséis horas de Panoplia. Todos los cadetes estaban dormidos; el refectorio, las salas de formación y las clases estaban vacíos.

Sin embargo, Thalia seguía en su despacho. La pared de paso era transparente, así que entró en silencio. Se colocó detrás de ella como un padre que admira a su hija mientras hace los deberes. Seguía trabajando en el caso Perigal, sentada ante una pared llena de códigos desplazables. Dreyfus miró fijamente las líneas de símbolos entrelazados, ninguno de los cuales significaba nada para él.

—Siento interrumpirte —dijo amablemente al ver que Thalia no levantaba la vista.

—Señor —dijo dando un respingo—. Creí que seguía fuera.

—Está claro que las noticias vuelan.

Thalia congeló el rollo desplazable.

—He oído que se avecinaba una crisis o algo así.

—Nada nuevo bajo el sol —Dreyfus dejó caer una pesada bolsa negra en su mesa—. Ya sé que estás ocupada, Thalia, pero me temo que tendré que añadir algo más a tu trabajo.

—No importa, señor.

—Dentro de esta bolsa hay doce recuperables de nivel beta. Tuvimos que sacarlos de un núcleo dañado, así que seguramente estén plagados de errores. Me gustaría que repares los que puedas.

—¿De dónde proceden?

—De un lugar llamado Ruskin-Sartorius que ya no existe. De las novecientas sesenta personas que vivían allí, los únicos supervivientes son los prototipos de estos niveles beta.

—¿Solo doce, de tanta gente?

—Es todo lo que tenemos. De todos modos, dudo que consigas doce invocaciones estables. Pero haz lo que puedas. Llámame en cuanto recuperes algo que pueda presentar.

Thalia volvió a mirar la pared de códigos.

—Primero acabo esto, ¿verdad?

—De hecho, me gustaría tener esas invocaciones lo antes posible. No quiero que descuides el caso Perigal, pero esto parece cada vez más grave.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó en voz baja—. ¿Cómo ha muerto esa gente?

—De mala manera —respondió Dreyfus.

El cordón de seguridad le dio una sacudida y lo detuvo en seco en presencia de Jane Aumonier.

—Los forenses están en ello —dijo—. Tendremos una respuesta sobre las muestras dentro de una hora.

—No es que tenga dudas —dijo Aumonier—. Imagino que vincularán el daño al rayo de salida de un motor combinado. —Dirigió la atención de Dreyfus a una parte de la pared que había ampliado antes de su llegada. Era la imagen congelada de una cosa lisa de color gris plateado, como un avioncito de papel—. Gaffney ha estado hablando con Control Central de Tráfico. Han podido rastrear los movimientos de esta nave. Se llama *Acompañamiento de Sombras*.

—¿Han podido situarla en la Burbuja?

—Lo bastante cerca como para que resulte sospechosa. No había ninguna otra abrazadora lumínica por la zona.

—¿Dónde está ahora?

—Escondida en el Aparcamiento Enjambre.

Aumonier amplió otra sección de la pared. Dreyfus vio una pelota de luciérnagas, demasiado apiñadas en el medio como para separarse en motas individuales de luz. Una sola nave no tendría dificultad en perderse en un núcleo tan concentrado.

—¿Ha salido alguna desde el ataque? —preguntó Dreyfus.

—No. Hemos estado vigilando el Enjambre de cerca.

—¿Y en el caso de que una saliera de su escondite?

—Prefiero no pensar en eso.

—Pero lo has hecho.

Ella asintió con un ligero gesto de la cabeza.

—En teoría, uno de nuestros cruceros de exploración profunda podría seguir a una abrazadora lumínica hasta la nube de Oort. Pero ¿de qué nos serviría? Si no quieren detenerse, o dejar que subamos a bordo... nada de lo que tenemos los convencerá. Sinceramente, desde que me dieron este trabajo he estado temiendo una confrontación directa con los ultras.

—¿Qué sabemos de esa nave?

—Nada, Tom. ¿Por qué?

—Estaba pensando en un móvil.

—Yo también. Quizá uno de los recuperables pueda verter algo de luz sobre este asunto.

—Si tenemos suerte —dijo Dreyfus—. Solo tenemos doce, y probablemente la mayoría estén dañados.

—¿Qué me dices de las copias de seguridad? Seguro que Ruskin-Sartorius se lo jugó todo a esa única carta.

—Estoy de acuerdo. Pero es improbable que hiciesen copias una vez al día. Una vez a la semana es mucho más probable.

—Los recuerdos pasados son mejor que nada, si no disponemos de otra cosa. —Su tono de voz cambió y se hizo más personal—. Tom, tengo que pedirte otro favor. Me temo que es aun más difícil y delicado que Perigal.

—Quieres que hable con los ultras.

—Quiero que vayas al Enjambre. No es necesario que entres todavía, pero quiero que sepan que los estamos vigilando. Quiero que sepan que si intentan esconder esa nave o ayudarla a que escape de la justicia, no nos lo tomaremos a la ligera.

Dreyfus sopesó las opciones, e intentó decidir qué clase de nave enviaría una señal más eficaz a los ultras. Nada en su anterior experiencia con las tripulaciones de naves espaciales le servía de gran ayuda.

—Saldré de inmediato —dijo, y se preparó para que el cordón volviera a tirar de él.

—Preferiría que no —replicó Aumonier—. Descansa un poco primero. Aunque tenemos que trabajar contrarreloj, quiero que los ultras se preocupen un poco, que se pregunten cuál va a ser nuestra respuesta. No estamos totalmente indefensos. Podemos golpearlos donde más les duele, en las redes comerciales. Ya es hora de que se sientan incómodos por una vez.

En otro lugar, un objeto atravesó el Anillo Brillante.

Era una esfera de dos metros de ancho que seguía una trayectoria de caída libre escrupulosamente calculada, que escaparía a las fisuras transitorias en los sistemas de rastreo civiles, del CCT y de Panoplia con la precisión de una bailarina que serpentea entre pañuelos. La trayectoria del no envoltorio era sencillamente una precaución

adicional que no había costado nada excepto un nimio gasto de tiempo de programación y un igualmente pequeño retraso en su hora de salida. Ya era casi invisible a ojos de todos, incluso de los métodos de vigilancia de corta distancia más precisos.

Detectó la intrusión de luz de una frecuencia muy particular, que estaba programada para no desviar. La maquinaria del no envoltorio procesó la estructura temporal de la luz y extrajo un mensaje codificado en un formato previsto. La misma maquinaria compuso una respuesta y la escupió en la dirección contraria, de vuelta a lo que había transmitido el pulso original.

Un pulso de confirmación llegó unos milisegundos después.

El no envoltorio había permitido que lo detectaran. Formaba parte del plan.

Tres horas después, una nave se posaba sobre el no envoltorio usando sensores gravitatorios para refinar su acercamiento final. El no envoltorio pronto quedó escondido dentro de la zona de recepción de la nave. Unas abrazaderas lo sujetaron con firmeza para que no se moviera. Cuando detectó que había llegado a salvo, el no envoltorio relajó la estructura de su envoltorio de materia rápida y se preparó para soltar su carga. Cuando se encendieron las luces y el aire entró a raudales por la zona de recepción, la superficie del no envoltorio dio un coletazo y adoptó el aspecto de una gran canica cromada. Recuperó la estabilidad cuando la nave se alejó del punto de encuentro.

Una figura anónima vestida con un traje espacial negro entró en la zona de recepción. La figura se agachó al lado del no envoltorio y observó como se abría. La esfera se resquebrajó. Una de las mitades se dobló hacia atrás para revelar a su ocupante, que estaba metido dentro de un vidrioso capullo de sistemas de soporte en posición fetal. El hombre respiraba, pero apenas estaba consciente.

El hombre del traje se quitó el casco.

—Bienvenido de nuevo al mundo, Anthony Theobald Ruskin-Sartorius.

El hombre del no envoltorio gimió y se revolvió. Tenía los ojos encolados con gel protector. Se los limpió de un manotazo, y luego los entornó para focalizarlos mejor.

—¿He llegado?

—Está a bordo de la nave, tal y como planeó.

Su alivio era visible.

—Creí que esto no terminaría nunca. Cuatro horas en esta cosa... me han parecido un millón de años.

—Apostaría a que es el primer malestar físico que ha sufrido en toda su vida.

El hombre del traje espacial negro estaba de pie con las piernas ligeramente separadas, sujetado gracias a la media gravedad producida por la aceleración de la nave.

Anthony Theobald miró a la figura con los ojos entrecerrados.

—¿Lo conozco?

—Ahora sí.

—Había quedado aquí con Raichle.

—Raichle no ha podido venir. Supongo que no le importa que haya venido yo en su lugar.

—Claro que no me... —Pero el habitual autocontrol de Anthony Theobald lo estaba traicionando. El hombre del traje sintió que una oleada de miedo lo ponía tenso. Una oleada de miedo y de desconfianza y una arrogante resistencia a entender que sus

planes de escape no habían sido tan infalibles como le habían parecido cuando subió al no envoltorio—. ¿Realmente ha ocurrido? ¿Ruskin-Sartorius ha desaparecido?

—Sí. Los ultras hicieron un buen trabajo. Usted salió justo a tiempo.

—¿Y los demás? ¿El resto de nosotros?

—Me extrañaría que quedase un solo resto de ADN humano intacto en la Burbuja.

—Delphine... —Se le quebró la voz de forma desgarradora—. ¿Mi pobre hija?

—Ya sabía cuál era el trato, Anthony Theobald. Usted era el único con una cláusula de escape.

—Exijo saber quién es usted. Si no lo envía Raichle, ¿cómo sabía dónde encontrar el no envoltorio?

—Porque él me lo dijo durante el interrogatorio, por eso.

—¿Quién es usted?

—Esa no es la cuestión, Anthony Theobald. La cuestión es por qué estaba cobijando a esa cosa maligna en su pequeño y bonito hábitat familiar.

—No estaba cobijando nada. No sé de qué me está hablando.

El hombre del traje se puso la mano en la parte baja de la espalda y se desabrochó un objeto pequeño en forma de mango. Lo sujetó con la palma de la mano como si fuera una porra.

—Creo que ya es hora de que conozca a un buen amigo mío.

—Se equivoca. La cosa clandestina solo era...

El hombre hizo un extraño movimiento con el mango, y algo salió con rapidez y se extendió hasta el suelo. Era tan fino que casi parecía invisible, y solo atrapaba la luz de forma intermitente. Parecía chasquear contra el suelo por voluntad propia, como si estuviese buscando algo.

El hombre soltó el mango, que permaneció inmóvil mientras el filamento enroscado se endurecía para sostenerlo. Rastreo a su alrededor hasta que el cilindro negro de su cabeza apuntó directamente a Anthony Theobald. Este levantó una mano para protegerse del láser, que estaba marcando una línea brillante y fluctuante a través de sus ojos.

Ahora tenía una huella suya, que el hombre de negro confirmó con un rápido movimiento de cabeza.

—Aleje esa cosa de mí.

—Es un látigo cazador modelo c —dijo el hombre del traje—. Tiene algunas características adicionales en relación con la última versión. Una de ellas se llama «modo de interrogatorio». ¿Quiere que lo probemos?

El látigo comenzó a acercarse a Anthony Theobald con sigilo.

Dreyfus estaba solo en sus dependencias. Había logrado distraerse preparando un poco de té. Cuando terminó, se arrodilló frente a una mesa baja y negra y dejó que la infusión caliente de color jengibre se enfriase antes de beberla. La habitación se llenó con el sonido tintineante de un carillón distante, una fantasmal melodía implícita en la aparente aleatoriedad. Normalmente le agradaba, pero hoy Dreyfus hizo un gesto con la mano para bajar la música, hasta que la habitación quedó casi en silencio. Sorbió un poco de té, pero aún estaba demasiado caliente.

Estaba sentado frente a una pared de papel de arroz vacía. Alzó una mano e hizo un gesto de conjuración básico, que había practicado miles de veces. La pared se iluminó con bloques de vívidos colores. Los colores se convirtieron en un mosaico de varias docenas de caras, dispuestas en una composición con las imágenes más grandes agrupadas cerca del medio. Las caras eran todas de la misma mujer, pero tomadas en diferentes épocas de su vida, de modo que casi parecían imágenes de personas distintas. A veces la mujer miraba a la cámara; otras la miraba de reojo, o le habían tomado una foto sin que se diera cuenta. Tenía los pómulos altos, los dientes ligeramente separados y los ojos de un sorprendente color bronce, salpicados de motitas doradas. Tenía el pelo negro y se lo peinaba en tirabuzones. Sonreía en muchas de las imágenes, incluso en las que no se había dado cuenta de que la estaban fotografiando. Sonreía mucho.

Dreyfus miró fijamente las fotos como si fueran un rompecabezas que tenía que resolver.

Faltaba algo. En su imaginación podía ver a la mujer de las fotos mirándolo con un ramo de flores en la mano, luego arrodillándose en una tierra recién labrada. La imagen era vívida, pero cuando intentaba concentrarse en una parte específica los detalles se le escurrían. Sabía que aquel recuerdo tenía que proceder de algún sitio, pero no podía relacionarlo con ninguna de las imágenes que colgaban de la pared.

Había estado intentando situarlo durante casi once años.

Por fin el té estaba lo bastante frío como para beberse. Lo sorbió poco a poco, y se concentró en el mosaico de caras. De repente, la composición le pareció irritantemente desequilibrada en la esquina superior derecha, aunque durante muchos meses le había parecido correcta. Levantó una mano y ajustó la disposición de las imágenes. La pared obedeció a sus gestos con una disciplina perfecta. Ahora estaba mejor, pero sabía que con el tiempo llegaría a desagradarle. Hasta que encontrara la pieza que faltaba, el mosaico siempre sería inarmónico.

Volvió a pensar en lo que había sucedido, y se estremeció con el recuerdo al tiempo que se aferraba a él.

Seis horas que no recordaba.

—Todo fue bien—le dijo a la mujer de la pared—. Te salvamos. No te cogió antes que nosotros.

Se obligó a creerlo, como si nada más en el universo importara tanto.

Dreyfus hizo desaparecer las imágenes y dejó la pared de papel de arroz tan vacía como cuando había entrado en la habitación. Se acabó el té de un trago, sin apenas degustarlo mientras le bajaba por la garganta. Sacó un resumen del trabajo del día en la misma sección de pared, y se preguntó si el equipo forense habría averiguado algo sobre la escultura que Sparver y él habían visto en Ruskin-Sartorius. Pero cuando el resumen apareció en la pared, ni las imágenes ni las palabras eran legibles. Podía distinguir formas en las imágenes, letras individuales en las palabras, pero en alguna parte entre la pared y su cerebro se había instalado un filtro codificador.

Dreyfus tardó un rato en darse cuenta de que había olvidado tomar su dosis regular de Pangolín. La dislexia de seguridad hizo acto de presencia cuando los efectos de su última dosis de autorización desaparecieron.

Se levantó de la mesa y se dirigió a la zona de la pared en la que le entregaban la dosis de refuerzo. Extendió la mano hacia la superficie de color gris perla y la dosis de refuerzo apareció en un rincón. Era un tubo gris claro marcado con el guante de Panoplia y un código de barras de seguridad que se correspondía con el de su uniforme. El texto situado a un lado decía: *Autorización Pangolín. Para ser autoadministrada por el prefecto de campo Tom Dreyfus. Su uso no autorizado puede provocar una muerte permanente e irreversible.*

Dreyfus se arremangó y presionó el tubo contra la piel de su antebrazo. Sintió un cosquilleo frío cuando la dosis de refuerzo vertió su contenido en su cuerpo, pero no fue doloroso.

Se retiró a su dormitorio. Durmió muy mal, pero no tuvo sueños. Cuando se despertó, tres o cuatro horas después, el resumen de la pared estaba más claro que el agua.

Lo estudió durante un rato, y luego decidió que los ultras ya habían tenido bastante tiempo.